

Desafiando a Hitler

Desafiando a Hitler

**VIDA Y DESTINO DE SEIS HOMBRES
QUE SE ENFRENTARON AL FÜHRER**

JESÚS HERNÁNDEZ



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#desafiandoahitler

Colección: Tombooktu Historia

www.historia.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: Desafiando a Hitler

Autor: ©2012 Jesús Hernández

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-9967-375-2

ISBN Digital: 978-84-9967-376-9

Depósito Legal: M-16916-2012

Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en España

Imprime:

Maquetación: produccioneditorial.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1	15
Georg Elser: La Paciencia del Carpintero	
CAPÍTULO 2	31
Cristián X: «Todos los daneses somos sus guardaespaldas»	
CAPÍTULO 3	41
Dietrich von Choltitz: El Salvador de París	
CAPÍTULO 4	53
Carl Szokoll: El vienés escurridizo	
CAPÍTULO 5	63
Claus von Stauffenberg: un héroe de sangre azul	
CAPÍTULO 6	75
Jean Moulin: El Mártir de la Resistencia	
CONCLUSIÓN	89
BIBLIOGRAFÍA	91

INTRODUCCIÓN

El 1 de septiembre de 1939, Adolf Hitler se lanzó a la conquista del continente europeo. Aunque en su pretensión inicial parecía dirigirse sólo a Polonia, su intención era someter la Europa continental a los dictados de Berlín. En un primer momento, pensó que británicos y franceses no acudirían en ayuda de los polacos, con lo que la proyectada guerra de revancha contra los que derrotaron a Alemania en 1918, y para lo cual el país no estaba todavía preparado, podría esperar todavía un par de años. Pero Hitler se equivocó; su invasión de Polonia había hecho estallar el conflicto generalizado que él mismo había tratado de retrasar, por lo que debía actuar con rapidez para no acabar empantanado en una larga guerra de desgaste en la que Alemania tendría menos opciones de victoria.

En pocos meses, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia cayeron víctimas de la *Blitzkrieg* o 'guerra relámpago'. En 1941, la bandera con la esvástica ondearía en el norte de África, en los Balcanes y en parte de la recién invadida Rusia. El continente europeo se veía forzado a afrontar una larga noche bajo la opresión nazi. La guerra desatada por Hitler se convertiría en el episodio más dramático de la historia de la humanidad, en el que decenas de millones de personas perderían la vida ya fuera a consecuencia del conflicto o asesinadas.

Las guerras tienen la capacidad, para los que se ven envueltos en ellas, de sacar lo peor, pero también lo mejor de cada persona. El conflicto de 1939-1945 no sería una excepción. Ante el incontestable dominio de la Alemania nazi en los tres primeros años de la guerra, algunos optaron por seguir el camino fácil, el que supuestamente debía garantizarles la supervivencia, aun a costa de renunciar a sus

convicciones más profundas. Esa actitud les obligaría a permanecer ajenos a los dramas que se sucedían alrededor e incluso a colaborar con aquellos que habían logrado someter a buena parte de Europa. Pero otros decidieron actuar en consonancia con sus principios, sin importarles que eso pusiera en riesgo sus vidas. Sin ser conscientes en ese momento, al tomar la decisión de desafiar el poder omnímodo de Hitler, acabarían convirtiéndose en héroes.

Esta obra se centra en aquellos que tuvieron entonces la valentía de permanecer fieles a sí mismos, sin importarles las funestas consecuencias que de ello se pudieran derivar. En ellos se daría el principio de que un ser humano se convierte en extraordinario cuando se enfrenta a retos extraordinarios; personas corrientes, de las que no cabía esperar ninguna heroicidad, al ser sometidas a esa presión acabarían por transformarse en titanes capaces de enfrentarse sin temor al dictador alemán. Y muchos de ellos demostrarían su grandeza incluso después del conflicto, al huir de la vanidad y el engreimiento por la hazaña conseguida e incluso ocultándola, por modestia, a los más próximos.

La Segunda Guerra Mundial fue una tragedia, pero también un campo abonado para gestas y proezas. Aquí se relatará media docena de episodios que tienen por protagonistas a unos hombres que destacaron por su valor y audacia, que se atrevieron a decir «no» a Hitler.

Ya en 1939, poco después de haber estallado la guerra, un sencillo carpintero germano demostraría su admirable paciencia y su extraordinario arrojo al lanzarse en solitario al reto de acabar con la vida del dictador alemán.

Un valor igualmente admirable demostraría el rey de Dinamarca. Aunque su país había sido ocupado por las tropas alemanas sin apenas resistencia, los daneses no disimularían su desprecio hacia el arrogante invasor. El monarca, aun a riesgo de enfurecer a Hitler, mantendría incólume el orgullo nacional danés.

Otro de los países ocupados por las tropas de Hitler, Francia, tendría también su héroe, en este caso encarnado en la figura de Jean Moulin, que sería víctima de terribles torturas al caer en las garras de la siniestra Gestapo.

Pero no sólo los que contemplaban con rabia y tristeza como sus países eran aplastados bajo la bota nazi se atrevieron a desafiar a Hitler. Dentro del ejército germano, dos oficiales, Dietrich von Choltitz y Carl Szokoll, desobedecieron sus órdenes para evitar que

dos de las capitales europeas más hermosas, París y Viena, fuesen arrasadas. Otro hombre que vestía el uniforme de la *Wehrmacht*, el coronel Claus von Stauffenberg, iría mucho más lejos y llegaría a atentar contra la vida del hombre que estaba llevando a Alemania al fondo del abismo.

El destino que les esperaba a estos hombres que osaron desafiar a Hitler fue dispar; tres murieron asesinados por los verdugos nazis, mientras que los tres restantes sobrevivirían a la guerra y recibirían el reconocimiento a su valerosa actitud, un honor que debe hacerse extensivo a todos aquellos que se atrevieron a permanecer fieles a sus principios en aquella época de oscuridad.

CAPÍTULO 2

CRISTIÁN X:

«**TODOS LOS DANESOS SOMOS SUS GUARDAESPALDAS**»

Los temores de Georg Elser de que Hitler arrastrase a todo el continente a la guerra, y que le habían llevado a intentar acabar con la vida del tirano, se cumplirían. Polonia ya había sido ocupada, y la mirada del dictador germano se dirigía ahora hacia el oeste. Sin embargo, antes de atacar Francia, era necesario asegurarse el suministro de hierro sueco que llegaba a través de los puertos noruegos y, sobre todo, impedir que el país escandinavo pudiera ser tomado por las fuerzas aliadas.

Así, el 9 de abril de 1940, la *Wehrmacht* desembarcó en Noruega. Ese mismo día, para apoyar y proteger la campaña noruega, y evitar así un contragolpe aliado, las tropas germanas procedieron a ocupar Dinamarca en una acción que se presumía rápida y exenta de contratiempos, como así sería.

La población danesa contempló, primero con perplejidad y estupor, y luego con resignación, la entrada de las tropas del poderoso país vecino. Antes de que acabase tan infausta jornada, el monarca Cristián X había ordenado el fin de la resistencia danesa, que se había limitado a unos cuantos disparos aislados, para evitar de este modo sufrimientos inútiles a la población.

Elevado al trono en 1912, el rey danés ya había estado al frente de su país durante la Primera Guerra Mundial y había logrado mantener la monarquía a salvo de los embates que se habían llevado

por delante otras tan asentadas como la alemana, la austríaca o la turca. Sin embargo, su permanencia en el trono sería a expensas de su poder; en 1920 estuvo muy cerca de perder la corona al verse involucrado en una grave crisis de gobierno que atizó el clima prerrevolucionario que estaba viviendo el país.



El rey danés Cristián X

Cristián X, viendo peligrar el trono, se vio forzado a limitar su poder, teniendo que conformarse con desempeñar un papel simbólico como jefe del Estado. A pesar de esa concesión a regañadientes, Cristián X no gozaría de popularidad entre los daneses. Durante el período de entreguerras, su carácter autoritario y su recelo ante las nuevas corrientes democratizadoras le distanciarían aún más del pueblo.

Pero todo esto cambiaría tras ese 9 de abril de 1940, cuando de repente Dinamarca se vio fatalmente involucrada en la guerra que había estallado el año anterior. El veterano monarca, que contaba 69 años, se iba a ver sometido a la prueba más dura de su reinado. Al contrario que su hermano, el rey de Noruega Haakon VII, y la reina Guillermina de Holanda, él no tomaría el camino del exilio, sino que prefirió permanecer junto a sus compatriotas bajo el yugo nazi que acababa de caer sobre todos ellos.

RESISTENCIA MENTAL

El soberano danés demostraría poseer una extraordinaria habilidad para navegar en aguas turbulentas. En sus discursos públicos reflejaría la política oficial de su gobierno de colaboración con los nazis, pero lograría ser contemplado por sus súbditos como el líder de la que se denominó *resistencia mental*, la única posible en esos momentos.

Una minoría llevaría a cabo esa callada oposición provocando retrasos en el trabajo o pequeños sabotajes, pero la mayor parte de la población utilizó la guerra psicológica contra el invasor. Por ejemplo, muchos daneses ignoraban por completo a los alemanes, simulando que no existían, para que sintiesen en todo momento el rechazo que provocaban.



Tropas alemanas en la ciudad de Aarhus

También se contaban historias apócrifas para ridiculizar a los prepotentes alemanes, contribuyendo así a reforzar la moral de la población. Por ejemplo, se decía que un soldado alemán que montaba guardia en una garita circular situada en el centro de Copenhague comprobaba sorprendido como los ciudadanos que pasaban ante él le miraban sonriendo. El soldado creía que los daneses habían puesto fin a su actitud de ignorar a los alemanes. Lo que no sabía era que en realidad un atrevido danés había logrado colocar un cartel en la garita, que cubría al soldado hasta el pecho, en el que se podía leer: «Está sin pantalones».

El monarca trataba igualmente de levantar la moral de los daneses. Para ello, cada día paseaba en su caballo Jubilee por las calles de Copenhague, sin ningún tipo de escolta. Sus dos metros de altura hacían de él una figura impresionante, acentuada por su uniforme de gala, y a lomos del caballo adquiría la categoría de símbolo viviente de la independencia de su país.

Una historia contada de boca en boca aseguraba que, en una ocasión, un soldado alemán expresó su sorpresa a un muchacho acerca del hecho de que el rey cabalgase por la calle sin escolta, ante lo que el chico le contestó: «Todos los daneses somos sus guardaespaldas».

TELEGRAMA DE HITLER

El monarca danés se cuidaba de no mostrar una actitud servil con los alemanes, al igual que venían haciendo sus compatriotas. Esa postura acabaría por granjearle la enemistad de Hitler, quien observaba con creciente preocupación la resistencia danesa a integrarse en la esfera de influencia germana.

El 26 de septiembre de 1942, con motivo del cumpleaños del soberano danés, el Führer le mandó un largo telegrama de felicitación. La lacónica respuesta del rey fue «Spreche Meinen besten Dank aus. Chr. Rex» (Reciba mi agradecimiento). En otras circunstancias, la parca réplica del monarca podría ser interpretada como una simple falta de tacto o un error de protocolo, pero el dictador germano la interpretó como una intolerable descortesía.

Así, tras recibir el gélido telegrama, Hitler montó en cólera y decidió tomar cartas en el asunto para apretar las tuercas a los daneses. Ordenó a su embajador en Copenhague que regresase de inmediato y expulsó al embajador danés en Berlín. En medio de la crisis diplomática, provocó la caída del Gobierno danés para que fuera reemplazado por otro más proclive a colaborar con Alemania. A partir de ese momento, las fuerzas ocupantes se mostrarían más estrictas e inflexibles y la presión sobre la población danesa sería mayor.

Desde entonces, cualquier acto de sabotaje en la industria o agresión a un soldado alemán podían acarrear el asesinato de varios rehenes daneses, aunque no tuvieran ninguna relación con el suceso. Se elegían víctimas al azar entre los detenidos por

actividades políticas y su muerte era publicada en los periódicos como advertencia, indicando que habían sido «abatidos» cuando pretendían huir.

Al ofender a Hitler con su seca respuesta, el rey danés había cometido un error, pues las consecuencias las iban a pagar sus compatriotas, pero al mismo tiempo había dejado claro que no pensaba mostrarse sumiso ante él, un orgullo que era compartido por todos los daneses. Sin embargo, ese otoño de 1942 traería consigo otro episodio desgraciado; el 19 de octubre, durante uno de sus paseos diarios a caballo por las calles de Copenhague, el monarca sufrió una caída que le dejaría prácticamente inválido. No obstante, aunque ya no pudiera mostrarse de forma tan gallarda ante sus compatriotas, Cristián X seguiría encarnando el espíritu de la resistencia danesa.

COMIENZA LA LEYENDA

Hasta ese momento, el rey era considerado un símbolo de independencia de su país, pero otro hecho sucedido en ese mismo otoño de 1942 comenzaría a situarlo en el campo de la leyenda.

El 22 de noviembre de 1942, el diario norteamericano *The Washington Post* publicó una foto del soberano y se refería a él, irónicamente, como una víctima de Hitler, en un intento por transmitir la idea de que Dinamarca no se estaba oponiendo al nazismo. Ese artículo fue tomado como una ofensa por la colonia danesa en Estados Unidos, que puso en marcha una campaña en defensa de su monarca comenzando a atribuirle sucesivas hazañas.

Una de ellas sería el relato de un supuesto episodio que habría tenido lugar en Copenhague, ante el Hotel Angleterre, que era utilizado por los alemanes como cuartel general. Según la historia, el rey se había presentado ante el edificio asegurando que la bandera alemana que ondeaba allí constituía una violación del armisticio, y que la enseña con la esvástica debía ser arriada de inmediato. El oficial al mando dijo que no estaba dispuesto a retirar el pabellón germano y el rey replicó que, si no lo retiraba, enviaría un soldado danés para que procediera a hacerlo. El oficial respondió que, en ese caso, el soldado sería abatido, ante lo que el rey replicó: «Yo seré ese soldado danés». La historia terminaba con el oficial alemán plegándose ante la firmeza del monarca y retirando la bandera nazi del edificio.

Pero, de entre las protagonizadas por Cristián X, la historia que gozaría de mayor popularidad sería la que supuestamente tuvo lugar con motivo del intento de los alemanes de capturar a los seis mil judíos que por entonces residían en Dinamarca. La mayoría de ellos eran descendientes de judíos portugueses llegados en los siglos XV y XVI, por lo que su integración en la sociedad danesa era total y gozaban del respeto y el aprecio de todos sus compatriotas.

A mediados de 1943 llegó desde Berlín la orden de «evacuar» a la población judía danesa, lo que significaba detenerlos para su inmediato envío a los campos de exterminio, donde serían eliminados físicamente. El primer paso fue disponer que los ciudadanos hebreos debían identificarse por medio de un distintivo amarillo en forma de estrella de David, con el propósito de segregarlos, y luego proceder a su deportación tal como había sucedido en otros países que habían caído bajo el dominio nazi.

Los carteles en los que se daba a conocer el bando fueron colocados durante la mañana, ante las miradas llenas de preocupación de los daneses. Según esta historia apócrifa, esa misma tarde el rey Cristián X se dispuso a dar su acostumbrado paseo a caballo partiendo de palacio hacia las afueras de Copenhague. Cuando los portales se abrieron, los ciudadanos que se habían congregado allí para mostrar su apoyo a la casa real en esos difíciles momentos contemplaron con incredulidad al soberano que, montado sobre un caballo blanco, lucía sobre su pecho la insignia amarilla de la estrella de David. Por la noche, en solidaridad con los judíos, toda la población del país llevaba sobre sus ropas ese distintivo. De este modo los nazis, perplejos ante este multitudinario gesto de valentía, además de recibir una lección de solidaridad de los sometidos daneses se vieron incapaces de reconocer a sus víctimas.



El monarca, a caballo por las calles de Copenhague

Sin embargo, esta historia, que aparece en ocasiones relatada como un hecho histórico, se ha demostrado que es falsa, aunque sin duda merecería ser verídica por suponer un ejemplo aleccionador. Como hemos visto, el supuesto paseo a caballo no pudo tener lugar debido al accidente que el monarca había sufrido el año anterior. Por otro lado, en Dinamarca no se impuso a la población judía la utilización de la estrella de David. De lo único que existe constancia es de la observación que efectuó el monarca a un colaborador diciéndole que, en el caso de que los judíos fueran obligados a llevarla, él también estaría dispuesto a lucirla, aunque no hubo oportunidad de comprobar hasta qué punto estaba dispuesto a desafiar a los nazis con ese gesto.

En Dinamarca circularon numerosas historias de este tipo, que ayudaban a fortalecer la moral del pueblo en esos años de infortunio. Surgían en la prensa norteamericana a través de las informaciones proporcionadas por la comunidad danesa local y viajaban hasta Dinamarca, donde adquirían carta de naturaleza. Poco importaba si eran inventadas; merecían ser reales, por lo que se iban agregando detalles a esos hechos hasta que adquirían una veracidad aceptada con entusiasmo por los ciudadanos, que a su vez reforzaban las historias que brotaban al otro lado del Atlántico. Aunque esas historias no eran ciertas, sirvieron para galvanizar a la población en torno a su monarca y, en último término, a la idea de resistir al invasor.

LA RESISTENCIA DANESA

Hubo quienes no se conformaron con esa resistencia moral y decidieron arriesgar su vida en labores de espionaje, propaganda o sabotaje, encuadrándose en el *Modstandsbevægelsen*, o movimiento de resistencia danés. Pero, teniendo en cuenta la inutilidad de una oposición armada organizada debido a la enorme desproporción de fuerzas, la mayoría de los daneses se limitó a mostrar esa superioridad moral ante los ocupantes, que no por ser menos arriesgada era menos efectiva.

En Noruega, muchos ciudadanos se atrevieron a exhibir una flor amarilla en el ojal como símbolo de apoyo a su monarca Haakon VII, que dirigía la resistencia desde Londres. Los daneses tomaron ejemplo de sus vecinos nórdicos y decidieron mostrar una insignia con la bandera de su país y la corona, que sería conocida como la *Kongemærket*, o Emblema del Rey.

Curiosamente, el ejemplo de rectitud moral de los daneses acabaría contagiando a algunos alemanes. Dos de ellos, los comandantes de las SS Rudolf Mildner y Werner Best, se convertirían en los salvadores de los judíos daneses. En septiembre de 1943 llegaron desde Berlín disposiciones secretas relativas a la inminente captura de la población hebrea y su posterior envío a los campos de concentración. Los comandantes advirtieron de ello a dos ministros daneses con los que tenían una estrecha relación. Gracias al aviso de Mildner y Best, la noticia circuló de inmediato por lo que se comenzó a buscar refugio para todos los miembros de la comunidad hebrea. A los pocos días llegaron al puerto de Copenhague dos cargueros procedentes de Oslo, en los que estaba previsto confinar a los judíos con destino a los campos de concentración.

El 1 de octubre de 1943 llegó un telegrama del jefe de las SS, Heinrich Himmler, que ordenaba dar comienzo a las detenciones de judíos, pero la mayoría de ellos ya estaban ocultos o habían escapado gracias a la colaboración de la población danesa. Muchos de los que habían logrado huir habían embarcado en pequeños botes de remos rumbo a Suecia, distante tan sólo tres kilómetros de la costa danesa, donde serían acogidos hasta el final de la guerra.

De los seis mil judíos que los alemanes esperaban capturar, tan sólo unos cuatrocientos fueron detenidos. El fracaso de la deportación llegó a conocimiento de Hitler, que estalló de ira, enfurecido

porque no se había mantenido el secreto de la operación. Pese a que la satisfacción no podía ser completa, el pueblo danés se sintió feliz por haber conseguido salvar la vida de la mayoría de los judíos daneses.

Esta operación de rescate se convirtió en uno de los mayores éxitos de la oposición danesa, una resistencia ante la opresión que Cristián X había encarnado en su persona demostrando que, aun bajo las peores condiciones, siempre es posible mantener la dignidad.

Conforme las armas alemanas eran derrotadas en los campos de batalla, la resistencia danesa fue abandonando su carácter pacífico y atreviéndose a llevar a cabo operaciones de sabotaje más ambiciosas. Una de las más destacadas fue la paralización del servicio ferroviario en junio de 1944 para impedir el traslado de tropas germanas acantonadas en Dinamarca con destino a Normandía, donde estaba teniendo lugar el desembarco aliado.

Cristián X falleció en su palacio real en 1947. Como homenaje al encomiable papel desempeñado por el monarca durante la ocupación alemana, en su tumba fue depositado un brazaletes de los que habían utilizado los miembros del movimiento de resistencia danés. El monarca había sabido personificar el orgullo de un pueblo decidido a no perder su dignidad, una hazaña por la que el pueblo danés siempre le estará agradecido.